

# VEINTICINCO ANIVERSARIO

JUAN JOSÉ MENDOZA

CUENTO

**P**odrías dejarme comprobar hasta dónde te llegó la última gota, dice él mientras retira la vista del escote que adquiere un brillo aguanoso después de que parte del Johnny Walker se haya colado entre los pechos de ella.

Ni lo sueñes, dice ella al tiempo que se repone del percance con una seriedad repartida por igual entre la impertinencia de él y la incomodidad del líquido que la ha humedecido.

—Sólo quería ofrecerte el pañuelo, dice él.

—¿Me tomas por imbécil?, dice ella, ¿no tienes otra forma de insinuarlo? El pañuelo, qué ridículo, de verdad.

—¿Prefieres que sea más directo?

—No, no, déjalo así. He venido aquí para tomar una copa y me estaba resultando agradable tu compañía, pero no vayas a fastidiarlo todo. Cambia de tema, te lo ruego, si no, me va a resultar imposible dejar de pensar que no pretendes más que llevarme a la cama.

—De acuerdo, pero te has desabrochado otro botón de la blusa y comprenderás que así los ojos se me vuelan solos.

—Veré hasta cuándo te aguanto, pero te aseguro que la blusa se queda tal cual.

Él toma sorbos ceremoniosos guiñando a Bogart y a Boyer, que a duras penas se reencarnan en cada ademán forzado de sus labios, en cada mirada torpemente altiva, en cada intento de cautivarla con la osadía agazapada detrás del cigarrillo que cuaja ya una nube de humo como la de los antros de seducción en los que nunca ha estado.

—¿Eres feliz?, la ataca de nuevo.

—Estoy casada.

—¿Y hay alguna incompatibilidad?

—No, sólo fijo posiciones para el resto de la noche.

—Bueno, pues hablaremos de cine o de literatura o de trabajo, lo habitual, ¿no?

—Prueba a ver, pero no seas convencional, odio de la misma manera a los obscenos que a los previsibles.

—¿Él te hace feliz?

—¿Es una novela nueva o una peli?, ella suelta una carcajada histérica y descompone el rictus cáustico de que se ha investido. Pierde por un instante su distancia.

Él se queda mirándola con una gravedad que no había mostrado aún. La ve revolverse en su sitio buscando recobrar la jerarquía con que ha estado domesticándolo. Ella toma un trago abundante y lo mantiene en la boca para darse tiempo. La pregunta le ha afectado, inexplicablemente, pero le ha calado porque de repente se ha confundido. Aún le dura el alcohol en la boca.

—¿Ya sabes dónde se detuvo la gota?, le dice él.

—Sí.

—¿Y es confesable?

—Digo que él sí me hace feliz.

—Ajá.

—¿Cambia mucho las cosas el que te diga esto?

—No, no. A menos que me estés dando a entender algo que no alcanzo a saber.

—¿Como qué?

—Has dudado.

—Porque no tenía claro que te tuviera que responder.

—Ajá. Pero, lo has hecho, tal vez porque tendrías alguna razón para que yo lo supiera.

—No, tan sólo quería oírmelo decir a mí misma.

—¿Puedes responderme ahora si sabes dónde se detuvo la gota?

Ella cruza las piernas y le dirige la dosis de desdén suficiente para retomar las bridas de la conversación. Saca de su bolso un espejo pequeño y tinta los labios de un carmín vehemente. Los masajea y coge el vaso sin acercárselo para beber, sólo lo hace bailar entre el pulgar y el índice. Observa el silencio de él como señal de sumisión.

—¿Y tú?, ¿eres feliz?

—Si te hablo de mi matrimonio, ¿me vas a hacer la misma pregunta?

—No lo sé.

—Deberías ser original, indagarme por otros sitios.

—¿La quieres?

—Vaya.

—Ahora imagino que vas a darme un rodeo para no comprometerte del todo y dejar la puerta abierta a una aventura, un atajo en el aburrido camino



de la pareja que sacie la parte que te falta, porque ella es una buena mujer, mejor madre para tus hijos, pero bla, bla, bla...

—Sí.

—Lo suponía.

—Digo que sí la quiero.

—Eso ha estado bien por tu parte. No pretendo saber nada más. Todo queda en el sitio en que estaba cuando hemos comenzado esta conversación.

—¿Vas a decirle a tu marido que has compartido mesa con un hombre que se te insinuaba?

—No, voy a decirle la verdad.

—¿La verdad?, ¿qué verdad?

—Que un tipo se me sentó en la mesa y me preguntó si mi marido me hacía feliz, a lo cual respondí que sí. Esa es la única verdad.

—Él te reprochará por qué no te levantaste cuando de sobra sabías que él venía con intenciones de conquista.

—No lo hará.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque en la misma situación él no se hubiera levantado si se le hubiera acercado una mujer.

—Bah, eso es un tópico revanchista.

—Enséñame el paquete.

—Ja, ja.

—Vamos, ábrete y enséñame el paquete.

—Todo tuyo, muñeca.

Ella no despega sus ojos de la expresión bobalicona que él comienza a dibujar mientras se acaricia la entrepierna que ella desprecia. Ambos se mantienen con la mirada congelada unos instantes que se prolongan. Logran beber sin decirse nada, pero el pulso lo reanuda ella.

—¿Le vas a contar a tu mujer lo que te acabo de pedir?

—No.

—¿Entonces, el tópico?

—Basta con que le diga que he estado conversando con una mujer. El resto lo va a poner su imaginación.

—¿Y no te preocupa que desconfíe?

—Por cada año que pasamos juntos necesitamos menos demostraciones.

—Me suena a claudicación.

—Míralo así, pero se sufre menos.

—Algún día se te puede ir todo al traste.

—Por ejemplo, si tú me enseñas ahora mismo dónde se te evaporó la gota.



—Eres un grosero.

Ha comenzado a sonar la versión de la Fitzgerald de *Cheek to cheek*. Él la solicita con elegancia, aunque con maneras anticuadas. Ella se resiste un poco pero termina accediendo. Él da los primeros pasos y ella se va acoplando sin acercarse demasiado. (¿Recuerdas cuando bailaste conmigo por primera vez? Era justamente a esta distancia, la separación de mi recato y tu apocamiento). Conforme avanza la música las mejillas se aproximan y ambos se abandonan a la embriaguez de la melodía. Y cuando él quiere alcanzar sus labios, la canción languidece y ella lo corta en seco.

—No sé si todo lo harás del mismo modo como bailas.

—¿Es un cumplido o un reproche?

—Tú sabrás, que tan seguro estás de todo.

—Pongamos que sólo tengo una habilidad, una vocación, un oficio, y lo desempeño a la perfección.

—¿Qué oficio?, si se puede saber.

—El de amante.

—Mmm, tanta pericia... debo de estar ante un semental.

—Déjame demostrártelo.

—Ya sabes lo que pienso.

—Sólo señálame el camino que siguió la gota.

Ella se ríe de su perseverancia. Bebe un poco. Y después de abrumarlo con una decena de muecas que tienen la única intención de desactivar el ardor de su fraseo insinuante, parece tenerlo contra las cuerdas. Él se afloja, chasquea una y otra vez con sus labios empapados en whisky intentando llenar su silencio inerme. La mira con deseo; con todo el peso de sus altibajos, con la melancolía de sus pasiones entibecidas, pero con deseo febril de tenerla cerca y acariciarla. Con su polvera abierta, ella se da un golpe de luz en sus mejillas y él la contempla callado excitándose con el aura de la matadora que ha desempeñado toda la noche. Ella al fin se distiende y le devuelve un mohín que no llega a ser puchero “¿La gota?”, señala sus pechos “cayó por aquí” y traza un itinerario que baja hasta su ombligo “y siguió por aquí, fresca, rozándome”, mete su mano entre su vientre y su falda, y se palpa susurrando “habrá seguido hacia el sur”, él pregunta embobecido “¿se habrá secado?” y ella acentúa su insolencia “me extraña que una gota se muera con estas aguas de aquí abajo”. Y él no le permite desabotonarse su blusa porque allí mismo, en el mismo sofá donde habían decidido celebrar su veinticinco aniversario simulando una velada nocturna en que una mujer inasequible se cruzaba con un buscón atrevido, allí mismo la aprieta contra su cuerpo, mientras comprueba con su mano salvaje la enorme dificultad que tendrá para encontrar la gota disuelta en un fontanar, que tal vez comenzara a humedecerse cuando ella vertió aposta un poco de whisky por su escote.

